

Maniobras populares

Santos Juliá, El País, 04/05/2008

Hay dos maneras de enfrentarse a una derrota electoral. Una, dimitir, nombrar una comisión gestora y convocar un congreso extraordinario para ver qué se hace. Es una salida para derrotas severas: muy abierta, en la que puede ocurrir cualquier cosa o, al menos, alguna cosa que escape al control de la cúpula dirigente. Otra, para derrotas más suaves: mantenerse en el puesto y buscar en un congreso ordinario la ratificación de la frágil confianza que todavía pudiera quedar depositada en el candidato derrotado para afrontar una nueva cita electoral.

Al sentirse legitimado por unos resultados que están lejos de ser una catástrofe, Mariano Rajoy ha tomado este segundo camino: mantenerse en la dirección del partido mientras emprendía una peregrinación a las cortes de sus barones leales. Que transmitiera en la noche triste la impresión de despedida y abandono, que dejara correr el rumor de que se iba, que perdiera un tiempo precioso sin afirmar su voluntad de quedarse, puso de manifiesto la inseguridad de sus días postelectorales. Dos derrotas seguidas, y sin claras perspectivas de futuro, constituyen un fardo excesivamente pesado de arrastrar y el cansancio se le subió a la cara.

Dando por seguro que Rajoy volaba bajo, con plomo en las alas, Esperanza Aguirre proclamó, con acento churchiliano: no me resigno. Fue decirlo, y fue sobre todo la percepción de que su amago de candidatura se sostenía en una cruel campaña hacia el candidato derrotado -emprendida desde el día siguiente por los medios de comunicación afines- para que todos hicieran piña en torno a Rajoy, más que atacado, vilipendiado por el mismo periodista, Jiménez Losantos, por quien Aguirre había intercedido ante el Rey. La intrépida presidenta de Madrid, sin un previo trabajo de erosión en las bases de su adversario, apresurada y a destiempo, daba la impresión de haberse repartido con sus valedores mediáticos la piel del oso antes de cazarlo.

¿Es demasiado aventurado presentarse ante el congreso de un partido como los que por aquí se estilan con la intención de desplazar de su puesto a un líder que no ha renunciado? Más que aventurado, suicida. De hecho, nadie ha

probado esa fórmula en los 30 años que llevamos de partidos: Suárez, González, Aznar, ninguno de ellos fue sustituido en un congreso, los tres renunciaron previamente. ¿Podría intentar la hazaña, histórica, como tantas protagonizadas en estos tiempos por mujeres, Esperanza Aguirre? Claro que sí, aunque para eso tendrá que llegar con avales suficientes, que no son por cierto los que exigen los estatutos sino los que aporta la oligarquía política -dicho sea en el sentido que Costa dio a este concepto- que controla el voto de los delegados.

Y aquí radica el problema: las cuentas no le saldrán mientras aparezca como la candidata que cabalga sobre el fuego encendido cada mañana por la cadena de los obispos y el diario *El Mundo* contra Rajoy. Sin duda, ese fuego puede producir quemaduras de primer grado al sufrido líder que la misma cadena presenta ante su auditorio preferido, electores del Partido Popular, como *maricón/plejines*. No es difícil aventurar que si este torrente de injurias, incesante, obsesivo, sigue hasta el congreso, se producirá una situación que ni pintada para que entre Rajoy y Aguirre se insinúe un tercero, más atento que la presidenta de Madrid a las reglas de elección entre iguales propias de toda organización oligárquica, que no consisten en empujar, ni en dar voces en la plaza pública reclamando avales para sus ideas -¿desde cuándo se elige por ideas?-, sino en presentarse como la mejor opción posible en el lugar más adecuado y en el momento más oportuno.

Consciente de su primera y algo atolondrada salida en falso y temerosa del agujero negro que la ofensiva mediática de sus amigos puede abrir bajo sus propios pies, Esperanza Aguirre, a la vez que ha pospuesto la explícita declaración de su candidatura, dicen que para dentro de tres años, ha resucitado la idea de primarias: que hable el pueblo. O más exactamente, que los afiliados decidan, estupenda iniciativa si no fuera porque no hay organización en el mundo que la resista. Ni nombrado por un líder saliente, ni elegido por una masa de afiliados, quien aspire a ser candidato en las próximas elecciones será designado por los que hoy son sus iguales y quien pretenda alcanzar tan alta posición debe ir aprendiendo las reglas de esta práctica tradicional, que tantos y tan brillantes resultados dio a la Compañía de Jesús y, aunque por menos tiempo, al Partido de los bolcheviques.

¿Qué le pasa al Partido Popular?

Santos Juliá, El País, 18/05/2008

Tan macizo como era, tan sólido y disciplinado, tan unido en torno a sus líderes, tan obediente a las voces de mando, tan presto a salir a la calle en defensa de los grandes valores de la patria, la religión y la objeción de conciencia, tan aguerrido en su lucha contra el terrorismo, tan soberbio en su soledad, sí, ¿qué le pasa al Partido Popular para que proliferen en su seno voces discrepantes, llamadas a la rebelión y a la resistencia, agravios entre líderes, fracturas entre las bases, mientras la dirección nacional balbucea excusas y manda callar a los adictos?

No será por un texto, por una ponencia, claro que no; ni tampoco por unas ideas, que andan las pobres de capa caída, en el Partido Popular y dondequiera; ni en fin por el abandono y la traición a principios inamovibles ni a esencias eternas: todo eso es retórica, que no carece de importancia, pero que como suele ocurrir con todas las retóricas oculta más que desvela el verdadero problema. Y el verdadero problema es... ¡ah! esa es la cuestión, que nadie es capaz de definir el verdadero problema y que, hasta que no se defina por quien debe hacerlo, seguirán las voces y los agravios, las rebeldías y los desplantes.

Una hipótesis podría ser la siguiente. El Partido Popular es la primera formación de la derecha española que logró, desde que existen elecciones democráticas, alcanzar el gobierno tras una larga travesía por un desierto en el que depuró su pecado original con las aguas bautismales del centro. Como la historia fue después lo que fue, ya casi todo el mundo ha olvidado que José María Aznar se presentó a las elecciones de 1993 con esta rotunda afirmación por bandera: "Yo nunca me he sentido identificado con la derecha clásica española". Y por si no hubiera quedado claro, remachó: "No me identifico con la derecha española de 1930". Ni con la derecha clásica, pues, ni con la moderna.

Esta especie de iluminación -o de travestismo político- dio resultado: Aznar no ganó esas elecciones, pero sí las siguientes y, sobre todo, las que vinieron después. Su triunfo estuvo sostenido en una estrategia dirigida a ocupar grandes parcelas del centro, desertado por sus primeros ocupantes, sin perder ni un voto por la derecha, incluyendo a la clásica española de la que

había retóricamente abominado. Ocurrió luego que la derecha clásica española, más los herederos de la derecha confesional y clerical de 1930, fue erosionando poquito a poco al centro sobrevenido hasta imponer su estrategia en la segunda mitad de la segunda legislatura, convencida de que el socialismo imberbe de la Nueva Vía no era enemigo.

Rajoy fue parte de ese giro estratégico protagonizado por el rearme de la derecha clásica y llevado al paroxismo tras la pérdida de las elecciones de 2004, las del 14-M. Sin apartarse ni un milímetro de esa línea pretendió ganar las elecciones, convencido de que los votantes de ese sector que, con expresión afortunada, César Molinas ha llamado izquierda volátil, se iba a quedar en casa, desalentado por las políticas socialistas en cuestiones como el Estatuto de Cataluña o la negociación con ETA. Era una apuesta arriesgada, como ya se podía imaginar: es imposible ganar unas elecciones basando toda la estrategia en la conservación de lo que se tiene -sobre todo si lo que se tiene huele a cerrado y sacristía- y en el desistimiento de los demás.

La operación no salió, qué le vamos a hacer. Y Rajoy sacó la inmediata consecuencia de que, como Aznar en el año 1993, había que soltar lastre de derecha española clásica para que el navío recuperara su equilibrio. E inició la tarea como con desgana, como sin saber qué iba a poner en su lugar. Primero Zaplana, luego Acebes, más adelante... ¿Mayor y los suyos? Amigo, con la Iglesia -dicho sea metafóricamente- hemos topado. Por ahí, no. Si Aznar y Rato no están ni se les espera; si Zaplana y Acebes y Mayor son defenestrados, ¿cómo es que Rajoy, que era parte de esa dirección, pretende quedarse, llevado en andas por una nueva generación?

Y en esas estamos. Rajoy ha creído que puede decir, como Aznar: yo no me identifico con la derecha española clásica o, lo que es igual: quiero tener un equipo propio. Y se ha empleado a fabricarlo, sin nadie que le controle el partido, en el momento de mayor debilidad, el que media entre una derrota electoral y un congreso. Un momento propicio para que quienes se sienten en la cuerda floja, más quienes acechan su oportunidad, levanten la voz y le digan: no, majo, si nosotros caemos, tú te vienes con nosotros. Y así anda el patio, todo revuelto.

Máscaras fuera

Santos Juliá, El País, 01/06/2008

El trepidante espectáculo que, de manera gratuita y sin entreactos, está ofreciendo el Partido Popular a sus adversarios políticos y al público en general ha alcanzado en la última semana cumbres impensables. Mira que habremos visto cosas maravillosas en todo este tiempo de luchas entre partidos y dentro de los partidos: campañas de acoso y derribo, fulgor de navajas, disidencias y escisiones. Nadie podía imaginar, sin embargo, que nos quedara por ver lo nunca visto: que el secretario de comunicación de un partido, responsable de su última campaña electoral, pidiera el relevo de su jefe desde las páginas del mismo periódico, *El Mundo*, cuyo director había convocado a la plebe a la rebelión contra el presidente de ese partido, para quien pidió el voto en las pasadas elecciones.

Claro es que, desde su mismo origen, en la relación de la prensa diaria con la política ha habido de todo: informar y opinar es participar en el debate público y, por tanto, intervenir en la política. Pero, desde la transición a la fecha, periodistas y políticos anudaron en España, y de manera muy especial en Madrid, una perversa relación de amor y odio de la que todavía no se ha exprimido todo el potencial destructor que lleva dentro. Madrid tiene eso, que el director de un periódico se trace como meta de su profesión aupar y derribar gobiernos o, en su defecto, aupar o derribar dirigentes de un partido. Es digna de psicoanálisis la fascinación que tal periodista ha ejercido y ejerce sobre todo tipo de políticos, comenzando por los últimos presidentes de Gobierno, con los que se ha retratado en el balcón o divagando durante horas por los jardines de la Moncloa, como su confidente privilegiado, manejando luego la información y las confidencias a su gusto y capricho.

Para acabar de enredar las cosas, resulta que Madrid es sede de la Conferencia Episcopal Española, propietaria de una cadena de radio que se ha trazado también como objetivo de su misión divina lo mismo que el director de *El Mundo* de su combate terrenal: aupar y derribar gobiernos. En ningún lugar del mundo puede un radioyente escuchar a un periodista crecientemente

sulfurado insultar a una serie de políticos: iratas, ratas, ratas, que sois unos ratas!, imiserables, mentirosos!, ¡qué sois todos unos ratas miserables y mentirosos! y, a renglón seguido, sin solución de continuidad, las dulces y melifluas notas de una musiquilla celestial convocando a los feligreses a celebrar un triduo a la Virgen Santísima de la Almudena. A eso se llama estrategia de confrontación bañada en la pila del agua bendita, quintaesencia de la impostura clerical.

Unidos en el mismo empeño, la emisora y el periódico se han propuesto, por decirlo rápidamente, cargarse a Rajoy. La embestida es tan brutal y, a la vez, tan medida, que quedará en los anales de la historia del periodismo como un caso único de relación entre medios de comunicación y poder político. Único, porque, con todo lo que ya ha caído, un destacado dirigente del PP se pone al servicio de esta estrategia de polarización, que exige lanzar un torpedo cada lunes por debajo de la línea de flotación de su actual líder, y publica una pieza con el exclusivo propósito de reforzar la maniobra periodístico-episcopal. La incomprensible audacia de Gabriel Elorriaga añade una página más a esta historia de la perversa relación que mantienen con los medios de comunicación los políticos que ejercen su oficio en Madrid.

Dejando de lado sus aspectos morales, relacionados con viejos valores sin curso legal entre políticos de nueva generación como la lealtad hacia los compañeros, lo más llamativo de semejante despropósito consiste en que agrava la fragmentación informe y desquiciada en que va cayendo cada día el PP bloqueando a la vez las posibles vías de solución. Porque ahora, tras el ataque de los medios de comunicación que le apoyaron en las elecciones y la incontenible sangría que alegremente desparraman cada lunes sus propios correligionarios, todo lo conseguido es que Rajoy pasa por valor político amortizado sin que aparezca en el horizonte ninguna fórmula capaz de sustituirle.

O sí, quizá haya una: que Ramírez y Losantos, Rouco y Cañizares se despojen de sus máscaras de periodistas y cardenales y salten de una buena vez como actores políticos de primer rango al centro de este teatro de la política madrileña, sostenidos en la probada habilidad táctica de Aguirre y Elorriaga. Ése sí que será un equipo indestructible en el que encontrará el Partido Popular el bálsamo para todos sus quebrantos y dolores.

El congreso de la emancipación

Santos Juliá, El País, 29/06/2008

Desde que José María Aznar pudo designar a su sucesor por un acto de su libérrima voluntad, muchas cosas han cambiado en el Partido Popular. Entre ellas, y de la misma manera que había ocurrido en el PSOE tras el fuerte liderazgo de Felipe González, el crecimiento del poder de los dirigentes regionales sobre la estructura central del partido. Es, por lo demás, una tendencia paralela al declive del poder del Estado ante las mayores competencias de las comunidades autónomas. Bajo la aparente centralización de decisiones durante liderazgos fuertes, lo que se estaba produciendo era el incremento de poder, dentro de cada partido, de los dirigentes territoriales.

Un resultado de esa tendencia es que las posiciones personales de poder en el aparato central son más vulnerables que en las organizaciones regionales. Dicho de otro modo: el líder de un partido puede, si se lo propone, liquidar uno a uno a todos los miembros de una comisión ejecutiva, incluido el secretario general, que supuestamente controla la organización; pero nunca podría, por más que lo quisiera, liquidar al líder de una organización regional a no ser que cuente, dentro de ella, con gentes dispuestas a desbancarlo. Zapatero pudo segar la hierba bajo los pies de Maragall porque quien movía los hilos era Montilla, pero no pudo obligar a Montilla a cumplir sus órdenes de no repetir la experiencia del tripartito.

El mayor peso de las organizaciones territoriales en la distribución del poder es lo que no han tenido en cuenta los adversarios de Rajoy a la hora de montar su desacompañado ataque. Confiaron en que la presión de agentes externos al partido, muy singularmente de unos medios de comunicación en obscena alianza con la Conferencia Episcopal, sería suficiente para obligar a un presidente en horas bajas a desistir de su empeño de volver a presentarse. Algunos dirigentes del partido, midiendo mal la eficacia de sus pasos, se sumaron a esa táctica creyendo que su presidente no podría resistir y entregaría el mando sin resistencia.

Para hacer frente a semejante ofensiva, Rajoy no se hizo fuerte en el aparato central, repleto de desleales ansiosos por abrirle cada lunes un boquete,

sino que inició una peregrinación por las organizaciones territoriales. Lo que de verdad importaba era medir el apoyo de los barones regionales, que responden personalmente por toda su militancia y por todos sus cuadros. De su peregrinaje, regresó Rajoy con un capital acrecentado: los dirigentes regionales no querían aventuras; no estaban dispuestos a que una de sus pares -de Madrid, por más señas- pescara a río revuelto, ni había nada que pudiera ofrecerles un Costa que pasaba por allí tarareando su ilusión.

Seguro de su triunfo, Rajoy ha tomado una decisión arriesgada en la formación de la nueva ejecutiva: no sólo no ha hecho nada por incorporar a los adversarios, sino que positivamente los ha dejado fuera. Si los críticos esperaban que después de sus ataques iban a recibir un premio, se han llevado un chasco: Rajoy no piensa que es mejor tener al enemigo dentro. ¿Por qué? Pues porque los críticos no están, por el momento, en condiciones de constituir una facción. Todos ellos son, parafraseando a la mal avenida pareja de dirigentes madrileños, versos sueltos de un mal poema. ¿Dónde iban a buscar un suelo sobre el que edificar una alternativa los Costa, Elorriaga, Arístegui? ¿Quizá pensaron que una coalición de descontentos sin una amplia base territorial podía constituirse en verdadera facción?

En un momento de crisis, sólo una fórmula puede soldar voluntades tan dispares y dislocadas: la aparición de un líder carismático capaz de amarrar lealtades personales por encima de las fuertes ataduras orgánicas. Es posible que algunos esperaran de José María Aznar esa función, al modo mítico del retorno del mesías. Pero Aznar se complace, signo de desorientación, en presentarse como una caricatura de sí mismo. Su irrupción en el congreso, sus malos modos, sus muecas, su pelo, su obsesión con los ocho años, todo es caricaturesco, propio de un personaje que se inventa cada mañana en diálogo con el espejito, espejito, dime si hay en el mundo...

Rajoy ha mostrado más habilidad táctica que sus enemigos: emancipado de la tutela de Aznar, sin ninguna deuda contraída con unos medios empeñados en destruirle, con una comisión ejecutiva a su medida, se ha abierto una segunda oportunidad. El tiempo dirá si es capaz de administrarla y si la política de exclusión de adversarios no conduce a la formación de un partido dentro del partido que acabe dando al traste con los planes de su presidente.